

mil años de recuerdos. El geólogo puede escudriñar la formación de una cadena de montañas, el filósofo puede estudiar la formación de una de esas cadenas de hombres, de razas ó de ideas que se han denominado naciones, estudio aun más profundo tal vez que el otro.

Desde el punto en donde me hallaba veía once lagos (los expertos ven catorce), y aquellos once lagos contenían toda la historia de Suiza. Era Sarnen, que vió caer á Landerberg, como el lago de Lucerna vió caer á Gessler; Lungern, donde la belleza suiza vive entre los pueblos del Hasli; Sempach, donde Winkelried abrazó las picas, donde el magistrado de Gundoldingen se hizo matar sobre la bandera de su ciudad; Heideck, que refleja un pedazo del castillo de Waldeck arrancado de su roca en 1386 por las gentes de Lucerna; Hallwyll, que desolaron las guerras civiles de Berna y de los cantones católicos y las dos deplorables batallas de Wilmorgen; Egeri, resplandeciente con el recuerdo de Morgarten y dominado por las gigantescas figuras de sus cincuenta campesinos derrotando un ejército á pedradas; Constanza, con su concilio, con los dos sitios donde se sentaban el Papa y el emperador, con su cabo que se denomina todavía el Cuerno de los romanos, *Cornu romanorum*; con su desfiladero de Bregenz ensangrentado por el desquite de los caballeros del Appenzell; Zurich, que vió pelear á Nicolás de Flac en la batalla de Winththur y á Ulpiano Zwingle en la batalla de Cappel.

Bajo mis pies, en el abismo, estaba Loweiz, donde quedó enterrado Goldau; Zug, que guarda la sombra de Pedro Colin y los recuerdos de la batalla de Bellinzona, y en las orillas del cual vi al pasar, el día anterior, aparecer bruscamente entre dos árboles una piedra tumularia casi oculta entre las zarzas, con esta inscripción: KARL-MARIA WEBER; en fin, veía aquel

admirable lago circuído por los cuatro cantones, que son como el propio corazón de Suiza; por Schwytz, el cantón patriarcal; por Unterwald, el cantón pastoral; por Lucerna, el cantón feudal; por Uri, el cantón heroico.

Al Norte, hasta perderse de vista, tenía la Suabia á la derecha, á la izquierda la Selva Negra, al Oeste el Jura, hasta el Chasseral, y con un catalejo habría podido distinguir tal vez Bienne, la *Petenisa* de Antonino, su bosque de hayas y de encinas, su lago, su profundo manantial, que tembló y se conmovió el día del terremoto de Lisboa y su encantadora isla, de la que Juan Jacobo Rousseau fué expulsado por Berna.

Más cerca me rodeaba un inmenso cinturón de cantones: Appenzell, donde están los Alpes calcáreos y que dos religiones divide en dos pueblos, el catolicismo hace pastores, el calvinismo hace comerciantes; Saint-Gall, que ha substituído su abad por un *landamman* y que ha servido de teatro á la batalla de Ragatz; Thurgovia, que ha visto la batalla de Diesenhofen y de donde partió Conradino, el último Hohenstaufen, para ir á morir en Nápoles, como ha muerto en nuestros días el duque de Enghien en Vincennes; los Grisones, que son la antigua Rethia, que tienen sesenta valles, ciento ochenta castillos, las tres fuentes del Rhin, el monte Juliano, con las columnas Julianas, y aquel hermoso valle de Engadina, donde tiembla la tierra y donde el agua resiste: los lagos estaban helados todavía el 4 de mayo de 1799, día en que la artillería francesa los atravesó; Schaffhouse, que tiene la cascada del Rhin, como Bellegarde tiene el desagüe del Ródano, con los sombríos recuerdos de Heinz y de Stern, y de la derrota de Paradies en 992; Argovia, que vió caer, en 1415, la fortaleza austriaca de Aarburgo y donde los campesinos votan aun como los antiguos romanos en sus comicios, al aire libre,

con los brazos en alto y por bandos separados; Soleure, que los italianos denominan *Soletta*, que posee pinturas de Domingo Corvi, y cuyo regimiento no desmerecía de aquella infantería española del siglo xvii de que hablaba Bossuet.

El monte Pilatos me ocultaba Neuchâtel y los campos de batalla de Granson y de Morat; pero las dos sombras de Nicolás de Scharnachtal y de Carlos el Temerario se alzaban en mi espíritu más arriba del monte Pilatos y completaban aquel horizonte de grandes montañas y de grandes acontecimientos.

Tenía, además, á la vista Frutigen, de donde fué expulsado el baillío de Tellenburgo; el Entlebuch, en donde se recolecta el redodendro de los Alpes, donde los campesinos conservan los juegos de la Grecia y cantan todos los años su crónica escandalosa y secreta de Hirmontag; al Este, Berna, que ha visto la primera batalla de los suizos oprimidos, Donnerbües, en 1291; al Norte, Basilea, que ha visto la última victoria de los suizos libres, Dornach, en 1499.

Del Este al Norte veía desarrollarse todos los Alpes calcáreos, desde el Sentis hasta la Yung-Frau; al Mediodía surgían confusamente, de un modo terrible, los grandes Alpes graníticos.

Yo estaba solo y soñaba—¿quién no habría soñado?—, y los cuatro gigantes de la historia europea venían espontáneamente á los ojos de mi imaginación á colocarse como por encima los cuatro puntos cardinales de aquel colosal paisaje: Aníbal, en los Alpes alóbroges; Carlomagno, en los Alpes lombardos; César, en la Engadina; Napoleón, en el San Bernardo.

Por debajo de mí, en el valle, al fondo del precipicio, tenía á Kussnacht y á Guillermo Tell.

Y parecíame ver Roma, Cartago, Alemania y Francia representadas por sus cuatro mayores figuras, que contemplaban la Suiza personificada en su

grande hombre; aquéllos, capitanes y déspotas; éste, pastor y libertador.

Momentos graves y llenos de meditaciones son aquellos en que se os ofrece á los ojos la Suiza, ese poderoso nudo de hombres fuertes y de altas montañas inextricablemente anudado en medio de Europa, que ha mellado el hacha de Austria y roto la formidable espada de Carlos el Temerario. La Providencia hizo las montañas, Guillermo Tell ha hecho los hombres.

¿Cómo pasé todo aquel día en la cúspide del Righi? No lo sé. Erré, miré, medité; me tendí boca abajo al borde del precipicio y asomé la cabeza para inspeccionar con la mirada el abismo; hice á vista de pájaro la visita de Goldau; arrojé algunas piedras en la sima que las gentes de aquí denominan *Kessisbodenloch*, pero debo decir que no las he visto salir por la falda de la montaña; compré una quinta de madera esculpida á un montañés; subí al observatorio y desde allí dibujé el Mythen, prodigioso cono de granito, en la cúspide del cual hay una piedra rojiza que hace que el Mythen parezca haya sido remendado con cemento romano como el piramidón de Luxor. Visto desde el Righi, el Mythen tiene la forma exacta de las pirámides de Egipto. Únicamente que Cheops desaparecería en su sombra, como la tienda del beduino desaparece en la sombra de Cheops, como Ramesces desapareció en la sombra de Jehová.

Mientras estaba comiendo, el Righi-Kulm se fué animando. Los primeros visitantes subieron la montaña por el camino de Art, que es más escarpado, pero que tiene más sombra que el camino de Wiggis, por donde tuve que luchar con el sol y el siroco.

Eran algunos jóvenes estudiantes alemanes, con el saco al hombro, la pipa de porcelana pintada en la boca y el palo en la mano, que vinieron á sentarse á mi lado con su ademán pensativo y candoroso á un

tiempo. Luego, una inglesa, rubia y bonita, subió al observatorio. Venía de Lombardía y había llegado á Lucerna por el San Gotardo. Los estudiantes, que habían bajado á Suiza por Zurich y por Schwytz, hablaban de Rapperschwyl, de Herrliberg y de Affholtern; la inglesa se extasiaba con melodiosa vocécita hablando de Giamaglio, Bucioletto, Rima y Rimella.

Todo esto es Suiza. Las vocales y las consonantes se dividen la Suiza igual que las flores y las piedras. Al norte, donde está la sombra, donde está el cierzo, donde está el hielo, las consonantes se cristalizan y se erizan confusamente en todos los nombres de ciudades y de montañas. La luz del sol entreabre las vocales; por todas partes donde toca, aquéllas germinan y se abren en abundancia; por eso cubren toda la vertiente meridional de los Alpes. Y extiéndense alegremente por todas aquellas doradas colinas. La misma cumbre, la misma peña, tienen en la parte que queda en sombra abundancia de consonantes, en la que recibe luz de vocales. La formación de las lenguas aparece al descubierto en los Alpes, gracias á la situación central de la cordillera. Sólo hay una montaña, el San Gotardo, entre Teufelsbrücke y Airolo.

Hacia las cinco y media, los visitantes surgieron casi á la vez de todas partes, á pie, á caballo, en boricco, en mulo, en silla de manos; ingleses hundidos en sendos carricks, parisienses en chales de terciopelo, enfermos que pasan el verano en la casa de los baños fríos; un senador de Zurich expulsado por la pequeña revolución de ocho días atrás; un viajante francés diciendo que había visitado Chillon y la prisión *donde murió Bolívar*, etc. A las dos, llegué solo; á las seis, éramos sesenta.

Aquella gran muchedumbre, comparada con

aquella humilde posada, preocupó á uno de los estudiantes alemanes, quien me dijo solemnemente que íbamos á morir de hambre todos.

En aquel momento el abismo iba haciéndose magnífico. El sol se ocultaba detrás de la dentellada cresta del Pilatos. Ya sólo alumbraba las cimas más altas de todas las montañas, y sus rayos horizontales se posaban sobre aquellas monstruosas pirámides como arquitrabes de oro. Todos los grandes valles de los Alpes se llenaban de brumas; era la hora en que las águilas y los gipaetos regresan á sus nidos.

Yo me había adelantado hasta el borde del precipicio que domina la cruz y que mira á Goldau. La muchedumbre habíase concentrado en el Observatorio, y yo estaba solo allí, con la espalda vuelta á poniente. No sé lo que veían los demás, pero el espectáculo que yo veía era sublime.

El inmenso cono de tinieblas que proyecta el Righi, netamente recortado por sus bordes y mi penumbra visible á causa de la distancia, subía lentamente, de abeto en abeto, de roca en roca, por el flanco escarpado del Rossberg. La montaña de la sombra devoraba á la montaña del sol. Aquel vasto triángulo sombrío, cuya base se perdía bajo el Righi, y cuya punta se aproximaba más y más á cada instante á la cima del Rossberg, cubría ya Art, Goldau, diez valles, diez aldeas, la mitad del lago de Zug y todo el lago de Lowerz. Algunas nubes de cobre rojizo entraban en ella y se cambiaban en estaño. Al fondo de la hondonada, Art flotaba en una claridad crepuscular que estrellaban aquí y allá las ventanas alumbradas. Había ya pobres mujeres hilando á la luz del velón. Art vive en la noche; el sol se pone para ella á las dos.

Un momento después, el sol había desaparecido, el viento era fresco, las montañas grises, y los visi-

tantes habían vuelto á entrar en la posada. En el cielo, ni una nube. El Righi había quedado solitario, con una vasta bóveda azul por encima de él.

En una de mis primeras cartas, mi Adela, te escribía: «Esas olas de granito que se llaman los Alpes.» No creía entonces decir una cosa tan cierta. La imagen que había acudido á mi espíritu se me ha aparecido en toda su realidad en la cumbre del Righi, después de puesto el sol. Esas montañas son olas, en efecto, pero olas gigantescas. Tienen todas las formas que da el mar; hay olas verdes y sombrías que son los picos cubiertos de abetos, oleadas rubias y térreas que son las pendientes de granito doradas por líquenes, y, sobre las más altas ondulaciones, la nieve se desgarrá y cae desmenuzada en los negros abismos, como hace la espuma. Parece que contemplamos un océano monstruoso inmovilizado en medio de un temporal por el soplo de Jehová.

Y como un sueño espantoso, asoma la idea de lo que serían el horizonte y el espíritu del hombre si aquellas enormes olas se pusieran de pronto en movimiento.

III

LOS SALTIMBANQUIS

Berna.

El comedor del nuevo hotel donde me he instalado está en la planta baja. Según mi costumbre, había colocado la mesa junto á la ventana, y mientras hacía los honores de un excelente apetito á un excelente almuerzo, contemplaba la plaza.

Yo llamo á esto, como sabéis, *leer comiendo*. Todo espectáculo ofrece una sensación para los soñadores. Los ojos ven, y el espíritu profundiza, comenta y traduce. Una plaza pública es un libro. Deletreando los edificios, se encuentra en ellos la historia; descifrando los transeuntes, se encuentra en ellos la vida.

A los pocos instantes fijóse mi atención en un pequeño grupo de aspecto extraño, que vivaqueaba, por decirlo así, á algunos pasos de la ventana desde donde lo estaba observando.

Aquel grupo tendido en el suelo en actitudes pintorescas, á la sombra de una gran bandera no muy sólidamente plantada entre los adoquines, se compo-